

760

cabañas; mas para construir una catedral gótica se necesitaron siglos. Y el mundo ibérico es una formidable catedral, con cimientos raciales milenarios, con recios arbotantes de tradiciones seculares, con vigorosos contrafuertes de ideas altísimas, y con caladas agujas de muy nobles aspiraciones que se enhiestan, a manera de plegaria, señalando a los hombres de la tierra el camino de los cielos.

Llegaremos más tarde, pero llegaremos a tiempo, a nuestra hora, para enseñar al mundo el mensaje de la unidad, universalidad e igualdad de la familia humana. Este mensaje, que es menester incorporar definitivamente a la vida de nuestro pequeño planeta, antes de clausurar la que he llamado era planetaria, pues de poco serviría conquistar los espacios intersidiales, si fuera para llevar a las otras estrellas el mensaje de nuestros odios, de nuestra crueldad, de nuestras guerras. Llegaremos a tiempo, y con la fuerza de los veinte pueblos ibéricos, ya constituídos definitivamente, sólidamente, como naciones libres y democráticas, contribuiremos a establecer en la tierra, antes de que la humanidad se proyecte hacia los cielos, el reinado de la libertad, la paz y la justicia.

“Grande escritor es don Fernando Valera. Hombre cultísimo ha consagrado su vida a defender los ideales de Libertad, Justicia y Convivencia entre los hombres, siendo una de las figuras más destacadas de la España peregrina, de los republicanos españoles arrojados fuera de su patria por la iniquidad imperante, que nunca han cejado en la defensa de sus generosos ideales.” (De “El Tiempo” de Bogotá, Colombia.)

FERNANDO VALERA

América, misión y destino de España



A M E R I C A , MISION Y DESTINO DE ESPAÑA (*)

I.—RAZAS Y PUEBLOS: ESPAÑA Y LAS ESPAÑAS

El día 12 de octubre es el día de los pueblos ibéricos, el día de las Españas; no la Fiesta de la Raza. Pasaron ya los tiempos en que Rubén Darío podía cantar impunemente aquello de: "La raza está de pie y el brazo listo".

La palabra y el concepto de raza, que siempre expresaron con un vocablo desdichado un tremendo error científico, hoy, después de los campos de Dachau y Buchenwald, ha venido a ser como un catoblepas infamante que ha marcado para siempre a nuestro siglo con el estigma de los más espantosos genocidios que recuerda la historia humana. La raza es un concepto animal, bueno para estimar el

(*) Texto taquigráfico del discurso pronunciado por don Fernando Valera en el Ateneo Iberoamericano de París el 12 de octubre de 1960 en conmemoración del Descubrimiento de América, y que fue transmitido en la "Hora Española" de la Radiotelevisión francesa.

También tomaron parte en dicho acto el profesor portugués, Dr. Silas Cerqueira, el miembro del Colegio de Francia, Marcel Bataillon y el ex-presidente de Colombia, Dr. Eduardo Santos.

pedigree de perros y caballos, o acaso para clasificar a las tribus primitivas y a las hordas de los bárbaros; mas, en cuanto entes civilizados, los hombres todos formamos una misma familia, una misma humanidad, y las jerarquías que entre nosotros puedan establecerse, no dependen de la sangre ni de la piel, sino de los talentos, méritos y virtudes. Reparad en que las Sagradas Escrituras hablan del «pueblo elegido», y la tradición eclesiástica, del «pueblo cristiano», como queriendo significar que lo popular, y no lo racial, es lo propio y distintivo del hombre.

Y he dicho «de los pueblos ibéricos», de las Españas; siguiendo la más rancia y noble tradición clásica, la del Padre Mariana, la de Luis de Camoëns, la de Cervantes, la de don Francisco de Quevedo, quien en el soneto inmortal que esculpiera como epitafio a la memoria de su amigo y señor, el gran duque de Osuna, dijo aquello de «diéronle muerte y cárcel las Españas».

Las Españas, porque en su pluralidad rica y variada, que caracteriza el genio peninsular, consistió su grandeza, cuando el sol no se ponía en sus dominios, y cuando desde Sevilla y Lisboa se dictaba la ley al mundo, como hoy se dicta desde Washington y Moscú. El poema brasileño del «Caramuru», lo dice con versos bronceados en que resuenan los ecos de «Os Lusíadas»:

*Do Tejo a China o portuquez impera,
d'um polo a outro o castellano voa,
e os dois extremos da terrestre esfera
dependem de Sevilla o de Lisboa.*

Porque decir «las Españas» es nombrar también a Portugal, el noble pueblo hermano, sin cuya presencia en la familia ibérica, ni ellos los portugueses, ni el resto de los españoles saldremos de la era de postración, servidumbre y miseria a que nos condenaron la ajena perfidia y nuestros propios errores y desventuras.

Portugal este claro Povo, heroi dos povos, / que deu ao mundo mundos novos, / mais estrelas ao ceu, mais luz ao dia.

como ha escrito el ilustre poeta desterrado Jaime Cortesao.

Y, en fin, al hablar de «las Españas», no me refiero sólo a la casa solariega de la Península Ibérica, sino también y sobre todo a su proyección a través de los océanos y de los continentes, para fundirse y confundirse con las gentes y culturas de allende los mares, creando esta portentosa, expansiva, eterna civilización hispánica —retoño fuerte y floración milagrosa de la civilización latina— que asienta sobre el pedestal inmovible de la lengua de Cervantes y se enhiesta sobre dos alas de luz en los brazos de la Cruz, humana y divina, del Calvario.

II.—EL HUMANISMO ECUMÉNICO: LA ERA PLANETARIA

El ser de un pueblo es su acción creadora en el mundo. De los pueblos como de los hombres puede decirse: en sus obras los conoceréis. Y la obra de España, su verdadero ser actual, es nuestra América. No sé si la España solariega saldrá un día de la decadencia y postración a que la hemos

reducido con nuestros odios, nuestra soberbia, nuestro cainismo: confío en que sí, porque creo en su pueblo, aunque desconfíe de sus aristocracias; pero aunque mis esperanzas fueran vana alucinación del patriotismo, todavía nada ni nadie podrá conmovier la certidumbre de que lo que hay de más noble y recio en la civilización española, permanecerá y florecerá con nuevos esplendores allende los mares, en los veinte pueblos ibéricos, que son hoy más España que la España misma, en cuanto que son su obra, su porvenir, su misión y su destino.

Ni los pueblos ni los hombres aun viniendo de casta de hidalgos, viven solo de su abolengo; antes bien se perpetúan en su descendencia, que es su porvenir. No lo que fueron, sino lo que están llegando a ser. Así como Unamuno pudo decir aquello de que Cervantes nació para escribir el Quijote, y él, Unamuno, para comentarlo; así también se diría que España nació para descubrir, poblar, crear y hasta liberar a América, pues si los más ilustres conquistadores salieron de entre mis paisanos los duros, audaces y codiciosos extremeños, también es verdad que de los libres y rebeldes vascos descendían, comenzando por Bolívar, muchos de los libertadores.

Todo en la historia anterior a 1492 conspiraba a reservar para España la ingente empresa americana. La naturaleza quiso dotarla en el tiempo y el espacio de una situación cuyo adecuado aprovechamiento coincide con la realización de su auténtico destino histórico. Lléganle por el Mediterráneo todas las influencias culturales de los pueblos clásicos; penétranle por el Pirineo los aires civilizadores de

la Europa cristianizada; recibe por el Mediodía el riego fecundo del alma mística del Islam, el alma de nardo del árabe español, que cantara el poeta, y, espolón del mundo antiguo sobre el Atlántico, proyecta esa aleación de civilizaciones hacia el Nuevo Mundo, cuyas rutas abrieron las quillas de nuestros navíos, cuyos mares y ríos exploraron nuestros navegantes, cuyos imperios sojuzgaron nuestros guerreros, cuyas naciones gobernaron y organizaron nuestros virreyes, cuyas almas iluminaron nuestros frailes, los derechos de cuyos habitantes protegieron con sabias leyes de Indias nuestros juriconsultos, cuyas tierras roturaron nuestros labradores y en cuyos pueblos aborígenes, en fin, depositaron nuestros antepasados una simiente en que latían las esencias de todas las antiguas civilizaciones mediterráneas.

El destino de España es así: unida a Europa por la tierra y la cultura; al África, por la sangre y por la historia; a América, por la empresa civilizadora a través del mar.

En efecto, la fuerza misteriosa que preside en lo incógnito la evolución del mundo —unos la llaman azar, otros fatalidad, yo sigo llamándola Providencia—, señaló a las Españas la gran misión de dilatar el orbe, de romper el cerco de los océanos, de dar las dimensiones planetarias a la civilización, antes confinada en rincones aislados del viejo y del nuevo mundo, convirtiendo así en hecho histórico y real la unidad potencial de la familia humana, que hasta entonces había sido una aspiración de los filósofos o una profecía de los visionarios. El mundo anterior a las proezas de portugueses y españo-

les estaba formado por una dispersión de civilizaciones y pueblos que se ignoraban entre sí; el mundo que ha surgido de los viajes de Colón, Vasco de Gama y Sebastián Elcano, constituye una civilización universal, ecuménica, católica en el sentido original de la palabra; una civilización en que los hombres y los pueblos todos, después de haberse encontrado y conocido, van poco a poco fundiéndose en una sola humanidad.

La gran empresa de los Siglos XV y XVI se cifraba en dar a la civilización sus dimensiones planetarias, en tomar posesión del planeta tierra, de igual manera que la gran ambición de nuestro tiempo comienza a ser la iniciación de la era interplanetaria, y como la de siglos posteriores será la era sideral, cuando la humanidad imponga su ley a las estrellas. En realidad todavía nos hallamos en plena era planetaria, pues que los viajes interplanetarios y siderales están reservados aún a las máquinas e ingenios creados por el hombre, pero le están vedados al hombre mismo. La invención de las carabelas tuvo en el Siglo XV la misma importancia que pueda tener en nuestros días el sputnik, cuando sirva para transportar hombres a través de los espacios interplanetarios; y a lomos de las carabelas, españoles y portugueses, principalmente, forjaron la que yo llamo civilización planetaria.

Decía Rutilio Namaciano de la obra romana en el mundo antiguo: *urbem fecisti quo prius orbis fuerat*, de lo que había sido el caos hiciste una ciudad. El exámetro latino puede más justamente aplicarse a la obra de España. El mundo era un caos de civilizaciones autóctonas e incoherentes, y las

quillas de las carabelas fueron tejiendo con las estelas de sus viajes sobre el cedazo azul del mar la unidad del planeta y del hombre.

Cada uno de los grandes pueblos civilizadores aportó al patrimonio común de la humanidad una luz o una idea: Grecia, la belleza; Roma, el derecho; Italia, el arte; Francia, la libertad. La civilización le debe a España el ideal de lo humano que es también lo universal.

III.—AMERICA, DESTINO Y MISION DE ESPAÑA

Y no podía ser de otra manera, en cuanto que la acción de un ser depende de su esencia, y la esencia de lo español es precisamente ese mismo mestizaje de pueblos y culturas que España trasplantó a los continentes trasoceánicos. Encrucijada de tierras y mares, cruzaron por las mesetas, vegas y serranías de Iberia, y abordaron a sus costas, al correr de los siglos, los más diversos pueblos y culturas, creando esa variedad y riqueza de matices que constituye la condición natural de lo español. Y ved de qué manera, la gran empresa planetaria, dentro de la cual el descubrimiento y población de América constituye el más relevante episodio, empresa que le estaba reservada a España por la geografía y la historia, se identifica con su propia esencia: un filósofo cordobés, pagano, aunque por el estoicismo muy próximo a la moral cristiana, Séneca, profetizó que un día los hombres romperían el cerco del mar y descubrirían más allá nuevos mundos. "No será ya más Tule el fin del orbe". Pero a la vez, su filosofía concibió la consecuencia de aquél

descubrimiento, que sería la universalidad de la ciudadanía humana: *cum hanc persuasionem vivendum est, non sum uno angulo natus, patria enim mea totus hic mundus est*, "no he nacido en un rincón de la tierra, mi patria es el universo entero".

Fueron los descubrimientos de los árabes andaluces, diez siglos más tarde, los que hicieron científicamente posible la navegación trasatlántica. El Califa Abderramán II hizo construir los primeros navíos de alto bordo, desechando las trirremes y galeras antiguas, para confiarse al hábil encadenamiento de las velas y los vientos. Un árabe sevillano, el sabio matemático Cheber ben-Aflah-ix-bili, resolvió el problema de la medición de los triángulos esféricos, sin cuyo invento no hubiera sido posible confeccionar las tablas astronómicas de que se valieron los navegantes del océano. Un rey castellano, también en Sevilla, rodeado de una corte de monjes cristianos, rabinos judíos y alfaquíes musulmanes, calculó en 1,280 las famosas Tablas Alfonsíes que, recogidas y resumidas en el Almanaque de Abraham Zacuto, judío converso, profesor de Salamanca, en 1473, habría de utilizar el marino Juan de la Cosa, verdadera inteligencia directora de la empresa colombina, para trazar, apoyándose en las estrellas, la ruta de las tres carabelas. Hasta parece que el régimen alimenticio de los andaluces fue altamente favorable para que se anticiparan a los demás navegantes en las largas travesías marítimas.

El historiador D. Ignacio Olagüe ha escrito: "es fácil comprender por qué Andalucía se hallaba favorecida para la competencia marítima. Esta región poseía en sus huertas los frutos más ricos en

vitaminas C. Las naranjas, las toronjas y, sobre todo el limón. Habrá que añadir a esta lista el vino de alta graduación alcohólica que resiste bien los viajes por el mar, el aceite de oliva, las almendras que es el alimento más rico en calorías, y la miel cuyo azúcar es el mejor reconstituyente de la fatiga, productos originarios de la región mediterránea y de Andalucía. Como la gran incomodidad de los viajes marítimos consistía principalmente en conservar un agua potable, grata al paladar, los marinos andaluces solían mezclarla con jugo de naranjas y limones, con los cuales rociaban los alimentos dudosos. (En un viaje que hizo Felipe IV a Andalucía, puso de moda la costumbre de exprimir limones en el pescado). Los navegantes andaluces habían podido observar también hasta qué punto las legumbres frescas y las frutas restablecían a las gentes de los desfallecimientos de una larga travesía. Solicitabanlas a su llegada a puerto, y los parientes y amigos se las traían, incluso antes de desembarcar. Fácil es, pues, de comprender, la superioridad de que gozaban los marinos andaluces, y más tarde las flotas españolas, respecto de las que tenían sus bases en puertos cantábricos, bretones o británicos. Defendíanse mejor del escorbuto, lo que les permitía más largos viajes".

Un príncipe portugués, Enrique el Navegante (1394-1460), auxiliado por los cosmógrafos catalanes que hizo venir de Mallorca, tales como el famoso Jaime Ribes, puso a punto la técnica de la navegación. Un judío converso, valenciano, Don Luis de Santángel, tesorero mayor de Aragón, y no la reina Católica empeñando sus joyas, anticipó los

recursos financieros para la empresa. Probablemente era también judío, (tal vez catalán, de una familia exilada en la ciudadela de Calvi, y solo en tanto que corso genovés, por cuanto que Calvi era a la sazón dominio de la república genovesa) el misterioso personaje Don Cristóbal Colón, quien a la vez que descubría un mundo encubría en enigmas impenetrables los orígenes de su singular persona, e incluso de su extraño nombre: Cristóbal Colón, "la paloma que lleva el Cristo de una a otra ribera del mar". Unos armadores andaluces prestaron y pilotaron, juntamente con Juan de la Cosa, las carabelas que se proponían arribar por occidente, antes de que el portugués Vasco de Gama lo hiciera por la ruta de Oriente, a las Indias lejanas, de donde traerían al Tajo ufano

*as perlas brillantes
que adornabam
do sol os-ricos pazos
e os thalamos d'aurora,*

"las perlas brillantes que adornaban los ricos palacios del sol y los tálamos de la aurora".

Y sin duda habrían culminado su hazaña, si, como dijera con estupenda hipérbole don Emilio Castelar, Dios no hiciera surgir del fondo del mar un continente para premiar la fe del Almirante. Mas otro portugués, Juan de Magallanes, reemprendía la tarea con cinco navíos y doscientos setenta tripulantes, de los que la mayoría, hombres y barcos, habrían de perecer en la empresa, incluso el propio capitán y su primer piloto. Y al cabo, fue un marino

vasco de Guetaria, Juan Sebastián Elcano, quien tomando el mando de la menguada expedición, habría de llegar a puerto de venturanza con un solo navío desmantelado y dieciocho esqueletos supervivientes, para recibir del emperador Carlos V, rey de Castilla, Duque de Borgoña y Emperador de Alemania, la presea nobiliaria con la esfera del mundo, al fin dominado, y la leyenda que rezaba: *primum circumdedisti me*, tú fuiste el primero que me rodeaste.

Luego es evidente que la gran misión planetaria de los pueblos ibéricos fue, como lo indica la gestación y la realización de la empresa misma, fruto de la variedad de gentes y culturas, de su *mestizaje*, ese mestizaje que constituye la auténtica naturaleza de lo español, de lo ibérico; pues que, para acometer y más tarde completar la proeza de dar a luz un mundo, fue menester la ciencia de los astrónomos árabes y judíos, la pericia de los cosmógrafos catalanes, la audacia de los navegantes andaluces, vascos y portugueses, la intrepidez homérica de los conquistadores extremeños, la santidad de los frailes de los reinos todos de España, apóstoles y defensores de los indios, y el sentido de autoridad y gobierno de los reyes castellanos.

IV.—LO AMERICANO, PROYECCION UNIVERSAL DE LO ESPAÑOL

También ese *mestizaje* esencial es la característica de la civilización iberoamericana. Porque lo más importante de las epopeyas ibéricas fue, no tanto abrir rutas "por mares nunca hasta entonces navegados", o conquistar imperios fabulosos jamás

hasta entonces conocidos ni sojuzgados, como rebelarlos, ennoblecerlos, cristianarlos, cruzándose con ellos para crear una humanidad nueva.

El español, conforme a la tradición latina, no ha despoblado ni exterminado a los pueblos indígenas; antes bien vertió en las de ellos su sangre y su alma, para crear por el mestizaje de pueblos y culturas una civilización original, fundada en el principio cristiano de la unidad de origen y destino de toda la especie humana. Porque no hay más que una humanidad, cualquiera que fuere el grado que cada hombre o pueblo ocupe en un momento dado en la escala del progreso. Los bárbaros de ayer son los civilizados de hoy; muchas naciones que antaño eran antorcha del mundo, duermen hoy el sueño de su decadencia y apenas guardan otra cosa que un nombre, de su antigua grandeza, y acaso los imperios que se tienen hoy por los más ricos y poderosos, caminen rápidamente hacia su barbarización futura.

La civilización española fue esencialmente humana y humanista, y sus quilates no se aprecian con patrones monetarios, ni con bienes económicos, ni con hegemonías políticas, sino con valores humanos. Sentir la unidad trascendente de la especie, dignificar a los pueblos rezagados y oprimidos, abrir por igual a todos los hombres, sin distinción de raza, creencia o condición social, las puertas del hogar, del concejo, de la universidad, del templo, he ahí la verdadera manera española de concebir y forjar la historia.

Cuando los peregrinos del "Mayflower" abor-
daban las costas de Norteamérica, y plantaban allí

unas cabañas y unas capillas para entonar los salmos de David o leer sus biblias protestantes, hacía ya más de medio siglo que en México y en Lima funcionaban las universidades pontificias, y que la nueva España y la nueva Castilla estaban sembradas de portentosos palacios, ricos monasterios y espléndidas catedrales. La colonización anglo-sajona en el Norte penetró en el continente como una avenida torrencial, llevándose por delante en la riada a los pueblos aborígenes, ahora apenas existentes como mera curiosidad etnográfica; la colonización ibérica, por el contrario —hablo más bien del pueblo que del Estado— se infiltró en los que fueron imperios de los aztecas, de los chibchas, de los mayas y de los incas, mezclándose y hermanándose con las naciones indígenas, para fundar ésta que el pensador mexicano José Vasconcelos ha llamado la quinta raza de la humanidad: es decir, la raza formada por la aleación de todos los pueblos del mundo, en la que se realizará mañana, en la historia, la unidad de su origen y destino proclamada por la revelación en los Libros Santos.

Cuando la América anglo-sajona alcanzó su independencia, habitaban los Estados fundadores de la Federación apenas dos millones y medio de personas, todas de extracción europea. A la sazón, solo México tenía una población tres veces más numerosa, formada en su mayor parte de mestizos y de indios, dentro de cuya infinita variedad etnográfica, lo español representa el elemento común y unificador. Así como la Cordillera de los Andes alimentando los grandes ríos —el Amazonas, el Orinoco, el Plata— ha creado geográficamente la

unidad continental de nuestra América, así el elemento español —no la raza sino el espíritu—, verdadera cordillera espiritual de los Andes, constituye la columna vertebral en que se sustenta la unidad indestructible de la civilización iberoamericana, desde el Río Grande hasta la Patagonia.

Indestructible, porque, cualesquiera que sean los avatares de nuestra historia política, y aunque se borra de la memoria de los hombres el nombre mismo de España, su ser permanecerá siempre en la unidad de civilización y destino de nuestra América, y como cantara el Duque de Frías,

*...ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrostrara los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota clavada
y escuchará la lengua de Cervantes.*

Verdad es que luégo, noostros, los iberoamericanos, hemos ido creciendo más despacio que los anglo-sajones; porque había que asimilar y alear los metales preciosos de nuestro substratum popular, tan rico y complejo, como he dicho, y porque padecimos en España y en América la terrible epidemia del caudillismo político, sin cuya radical extirpación no podrán llegar a su pleno florecimiento las naciones ibéricas; pero esta misma lentitud y retraso de nuestra evolución política no es sino promesa de su mayor esplendor futuro. En efecto, bastan unos días o unas horas para plantar un campamento o para levantar una aldea de chozas y